

manos del gobierno, del mismo modo no queremos más que una enseñanza del Estado y todas las demás, sean cuales fueren, están proscritas». Es claro que dos siglos después de Luis XIV se tenía derecho,—oigo a los cándidos que creen que los hombres cambian,—de esperar otra cosa, y que esta concepción de la sociedad moderna es furiosamente reaccionaria.

Ella sorprende a los espíritus rectos y a los que tienen el candor de creer en el progreso. Es así como escribía Gabriel Monod en el mes de julio de 1902: «Los que, como yo, son partidarios de una libertad absoluta de asociación y, al mismo tiempo, de la separación de la Iglesia y el Estado... están asustados y afligidos de ver a los anticlericales de hoy manifestar respecto a la Iglesia Católica sentimientos y doctrinas idénticos a los que los católicos manifestaban no hace mucho tiempo respecto a los protestantes y herejes de todo orden. Se lee hoy en ciertos diarios que no es posible dejar a la Iglesia Católica continuar educando a la juventud francesa en el error; yo mismo he leído «que no es posible admitir la libertad del error». ¡Como si la libertad del error no fuese la esencia misma de la libertad! Y decir que los que escriben tales frases protestan contra el *Syllabus*, copiándolo del todo (*literalmente*). ¿Estamos condenados a oscilar perpetuamente entre dos intolerancias, y el grito de «¡Viva la libertad!» no será nunca más que el grito de las oposiciones perseguidas, en lugar de ser la divisa de las mayorías triunfantes?»

—No se puede dudar en manera alguna, querido señor; y no veo a ningún gobierno gritar: «¡Viva la libertad!» lo que no puede tener para él otro sentido que el de «¡Viva la oposición!»—a menos, como creo que lo demostraré adelante, que sea muy inteligente; pero esto es una hipótesis en la que no es preciso detenerse. ¿HABÉIS NOTADO QUE LOS HOMBRÉS MÁS INTELIGENTES, UNA VEZ QUE HAN ALCANZADO EL ÉXITO, NO SON YA TAN INTELIGENTES?

Este gran principio: mantener la unidad moral del país, que es, por lo demás, la divisa de grandes Estados como el Imperio ruso y el Imperio otomano, no se aplica, por otra parte, sólo a la enseñanza pública. Se aplica y debe aplicarse y no se puede evitar que se aplique a la religión, como hemos visto ya, y un gobierno no puede tolerar, más que Luis XIV, que haya sobre la superficie del territorio tres religiones, además de una anti-religión, más una indiferencia en materia de religión, lo que hace cinco partes espirituales; y entonces ¿en dónde está la unidad moral?

Este principio se aplica y debe aplicarse y no se puede evitar que se aplique a la libertad de la prensa. Digo que no se puede evitar que se aplique, para que se vean las contradicciones y las dificultades materiales. Este colegial que educáis en vuestras ideas, este colegial a quien dais una educación laica, republicana, democrática, racional, crítica y social, este colegial sale, va a la casa de su padre y allí encuentra diarios que no son nada de todo eso. He aquí un alma envenenada, un joven espíritu perverso, un joven levita contaminado.

¿No le dejaremos salir?

—Creo que haríais bien. No conviene dejarle salir del seminario. Pero, a los diez y ocho años, desde el día en que haya pasado su bachillerato laico, republicano, democrático, racional, crítico y social, lo veréis lanzado en un país en que la prensa es libre y en que los diarios, los folletos y los libros atacarán libre y agriamente todo lo que le hayáis enseñado a venerar y a querer. ¿No teméis que se os escape?

—¡Oh! ¡le habremos dejado tal huella!...

—SÍ, LOS JESUITAS SE LISONJEAN SIEMPRE DE HABER DEJADO EN SUS ALUMNOS UNA HUELLA INDELEBLE. SÓLO QUE FRECUENTEMENTE SE EQUIVOCAN. ¡Y ojalá que no hubiera más que el terrible daño de esta transición brusca, de la luz pura que vosotros derramáis a la región mezclada de luces y de sombras a donde, a los diez